

BUENOS AIRES Winter of our discontent.— Llegué porque mi madre se había enfermado, y me encontré con un país moribundo: "Argentina is Dying", se titulaba el editorial de Buenos Aires Herald, único diario que (por ser en inglés, "extranjero", aunque quizá nada haya más criollo que lo angloargentino) jamás ha sido censurado ni clausurado.

Primera impresión: Qué parecido a Praga, todo, calles oscurecidas, el centro invadido por jóvenes vagabundos que llevan grandes valijones (¿qué hay en esos enormes bolsos, maletines?... uno se imagina lo peor y nadie sabe o quiere responder, la atmósfera es más que nunca Cortazariana, ¿qué llevan?... tal vez ropa para cambiarse, sigue siendo tan importante la ropa, o cosas para comer, sigue siendo tan importante la comida, pero cómo es posible que hasta en los cines se haya previsto lockers para alojar esos cotidianos equipajes, como en aeropuertos, "es para prevenir que no entren con bombas" me dicen, ¿entonces lo que llevan es bombas... granadas...?, "no siempre"), todo tan parecido a Praga ocupada aquel otro invierno de descontento en 1968, los andamios para supuestas obras más envejecidos que las obras que no se hacen o los edificios que no reparan, las aceras destrozadas, acumuladas en su deterioro, y no tanto lo material sino ese algo inefable que, por ejemplo (y que perdonen Cortázar, García Márquez, todos los buenos colegas tan fabulosamente ilusionados) le hace a las ciudades y a las gentes el socialismo, que-qué-más-quisiera-uno sino creer ahora que hasta los curas y los militares creen (parece), y uno se queda sin ilusión, sin esperanza, sin "causa", pero es que estamos con Octavio Paz (hartos de ideologías, de esquemas previos, de plancitos seculares), con Marshall McLuhan (prestos a ya para partir de "puntos de vista"), con Kipling vía Borges (hacer la fábula pero no la moraleja), todo tan triste, tan venido a menos.

La primera semana es la de Gardel, treinta y cinco o quien sabe qué aniversario de su muerte en el avión de Medellín. La ciudad amanece completamente empapelada con su efigie, y se suceden los Lomenajes: tango, tango, tango por radio y televisión, ciclo retrospectivo de sus películas (con un sobrino de 16

años, asisto en el teatro San Martín a la exhibición de Cuesta Abajo, en medio del silencio ritual, de la adoración de los hinchas gardelianos, el sobrino exclama "¡tío, es Drácula!"... y tiene razón, porque Gardel se parece a Bela Lugosi, sólo que éste gesticulaba menos al clavar sus dientes que Gardel al entrarle a "Mi Buenos Aires Querido"). En el tradicional Colón, uno de los 3 ó 4 grandes teatros del mundo, dedicado hasta ahora exclusivamente a la Gran Opera y la mejor música mundial, el peronismo introduce a Gardel: "Es un gran éxito...", dice por TV el inefable intendente de Isabelita, un gorila de las cavernas, "las instalaciones están colmadas", como si se tratara del estadio de River...

La segunda semana es la de Perón, primer aniversario de su muerte ("López Rega le gritaba, le tiraba de las piernas al cadáver, ¡viejo, vos no podés hacerme esto, no estaba previsto por las estrellas!", me cuenta que así lo dijo e hizo, un colaborador de Frondizi... otras versiones hablan de borgianos, de Borgia no de Borges, envenenamientos; Perón cada vez más con cara de prócer en los posters, hasta parecido a San Martín en algunos, pero en el fondo parecido a Gardel, Perón gordito, Gardel gordito, los bracitos cortos, la sonrisa, los carteles, los affiches, los posters se suponen, se confunden en el ideal argentino de un mito héroe-salvador-redentor-distraedor-entrenador bien comido, bien arropado, canchero", vivo.

La tercera semana ya no es para fiestas, ni elucubraciones intelectuales, vienen los paros, las primeras desobediencias a la verticalidad isabelina, las angustias, las largas colas para aprovisionarse, el silencio "Ya todo está en calma / el músculo duerme / la ambición trabaja".

Con Ulises Petit de Murat, "el mago", recorremos la ciudad condenada. Con él todo es lúcido, interesante, literario. Con él concurrimos al velorio de la mamá de Borges, supersimbólico (el ciego se queda solo), tanto para contar, pudor para no contarlo. Con Petit vamos al Viejo Almacén y a la casa del pintor Pérez Celíz, que en medio de la velada anuncia compungido que "ha ocurrido una tragedia... falló la sopa de habas y tendremos que comprar pizza"